

(Transcripción)

Rocca di Papa, 06 de diciembre 1973

## Lo crudo del Evangelio<sup>1</sup>

### *Una nueva experiencia*

Vosotros sabéis cuánto el verano pasado ha sido un poco especial por los sufrimientos que Dios me había reservado a mi en modo especial y por consiguiente - por la unidad - a algunos que estaban conmigo.

Siempre hemos dicho que el dolor y el amor se deben callar, mientras que la luz, que se obtiene de la experiencia, se debe dar.

Para nosotros, lo que ha sucedido durante estos meses me parece de una importancia, diría capital. En efecto me parece que Dios haya querido poner en evidencia algo de su Evangelio que aún no habíamos profundizado.

Para hacer una comparación un poco exagerada, compararía los dolores experimentados hasta ahora en la Obra al que probó María cuando Simeón le profetizó que su alma sería traspasada por una espada (Lc. 2, 34). En cambio los sufrimientos de este verano asemejan más bien al dolor de María cuando, desolada al pie de la cruz, probó ese dolor profetizado.

Las pruebas que el Señor nos ha mandado han sido varias, una al lado de la otra, una sobre la otra, apremiantes, sin tregua.

Entre éstas quisiera comunicaros una que ha tocado a mi persona, con el único fin de ayudaros también a vosotros por si os encontraseis en condiciones análogas.

### *¿Dejar una Obra incompleta?*

Las circunstancias dolorosas eran tales que algunas veces he tenido miedo de no poder continuar al servicio de la Obra de María como había tratado de hacer hasta ese momento. No voy a explicaros aquí los motivos de esta preocupación mía. El hecho es que aceptar un dolor semejante para mi era durísimo.

El motivo dominante consistía en esto: lejos de vosotros, más que nunca comprobaba la enorme belleza, grandiosidad, potencia de la Obra, a la que hasta entonces, con la gracia de Dios junto a vosotros, había dado vida, pero contemporáneamente veía la fragilidad de sus estructuras contempladas ya desde el '54, pero que aun no funcionan bien ni están bien experimentadas.

Sabía perfectamente que cualquiera de nosotros, y yo antes que nadie, siempre debe reconocerse siervo inútil e infiel, especialmente frente a una obra de Dios. Sin embargo habiendo llevado en el corazón durante años el deseo, el ansia de la realización, de la actuación de la Obra tal como Dios me la había hecho ver, me parecía también que El mismo quisiese la continuación de mi servicio.

He combatido durante mucho tiempo en esta prueba. Para mi era vivir la Desolada, o sea perder la Obra de Dios de la que en cierto modo el Señor me había hecho madre. Pero la cosa no era sencilla: quería aceptar la voluntad de Dios de perderlo todo, pero ésta contrastaba fuertemente con mi voluntad.

En aquellos momentos me pareció que la vida ideal tuviese que sufrir un cambio en mi.

La había vivido durante años como una divina aventura - en verdad no desprovista de dolores - en la que afirmaba, con vosotros, no tener casi una voluntad mía, porque mi voluntad era la de Dios. Me

---

<sup>1</sup> Este texto fechado el 6.12.1973 es el fruto de una experiencia espiritual vivida por Chiara Lubich durante ese año, cuando, afectada en lo físico por una dolorosa doble hernia discal y en lo espiritual por otros sufrimientos, profundizó el Evangelio en una nueva dimensión. Cf Chiara Lubich: *Vivere la Parola che rinnova*, Città Nuova, Roma 2008, pp. 65-72.

había parecido que mi corazón estuviese al unísono con el suyo, cada vez que manifestaba una voluntad suya.

Ahora ya no era así.

¿Quién me daba explicación de este extraño estado de ánimo? ¿Quién podría decirme que era cristiana y focolarina también en esta situación?

### *El ejemplo de Jesús*

Un día Jesús me habló al corazón y me iluminó de una manera evidente sobre sus palabras: "¡Padre! Todo es posible para ti, aparta de mí este cáliz; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tu" (*Mc. 14, 36*).

Así pues ¿también El había recurrido a la omnipotencia del Padre para ser aliviado de la cruz de la pasión? Pero Jesús ¿no era Dios y por lo tanto uno con la voluntad del Padre? ¿No había dicho S. Pablo a propósito del sacrificio de Jesús: "He aquí que vengo a hacer, ¡oh! Dios, tu voluntad?" (*Hebreos 10, 5-7*).

Si, pero frente a lo que le esperaba su voluntad de hombre-Dios irrumpió con toda su fuerza. Se aferró al hecho de que al Padre todo le era posible, pero al final se sometió a la voluntad de su Padre.

Estas palabras me han dado paz. Es más me ha abierto una gran posibilidad para comprender mejor una parte del Evangelio que todavía no habíamos subrayado suficientemente.

### *Otro aspecto del Evangelio*

En verdad, Jesús abandonado nunca había faltado en nuestra vida espiritual, pero Dios creo que para atraernos a sí, en un primer momento había orientado nuestra vida - y así hace con todos los que empiezan a vivir el Ideal – hacia el amor, a sus promesas que vemos realizarse, con la seguridad de obtener pidiendo, porque continuamente nos da prueba de ello, en la fe que mueve montañas.

Ahora me estaba dando cuenta de que existía en el Evangelio algo diverso. Y una a una se removían en la mente otras palabras semejantes a aquellas: "Ahora mi alma está turbada..." (*Jn. 12, 27*); "Comenzó a sentir pavor y angustia y les dijo: mi alma está triste hasta el punto de morir" (*Mc. 14, 33-34*); "Bienaventurados los afligidos porque serán consolados" (*Mt. 5, 4*); "Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis" (*Lc. 6, 21*); "Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella..." (*Lc. 19, 41*). A la muerte de Lázaro "Jesús se echo a llorar" (*Jn. 11, 35*).

Me acordé también que había llamado "Satanás" a Pedro que le reprendía por hablarle de su futuro fin y que se había escrito de Jesús: "será entregado a los gentiles y será objeto de burlas, insultado y escupido, y después de azotarle le matarán" (*Lc. 18, 32-33*).

¿Existía pues un aspecto crudo del Evangelio que también nosotros como cristianos debíamos vivir?

¿No eran solo las casas o lugares o ciudades como Loppiano, donde la alegría resplandece en cada rostro, la manifestación del Evangelio?.

¿Podían haber personas en la turbación, en la angustia, en el llanto, que atestiguaban la buena nueva?

¿Tendríamos quizá que pedir un día repetidamente y por mucho tiempo sin obtener jamás?.

Si, era así.

Lo "crudo" del Evangelio: Jesús que grita el abandono, que no se resuelve como en nuestras pruebas aceptadas, en alegría, sino que se concluye con la muerte.

María que se siente traspasar el corazón por una espada, pero su Hijo Dios no se la alivia, al contrario la deja subir hasta la cumbre del dolor a contemplar la muerte de Aquel que amaba más que a sí misma.

Lo crudo del Evangelio.

En el fondo Jesús nos lo había siempre dicho: "Si alguno quiere venir tras de mí... tome su cruz" (Mc. 8,34) la máxima abominación de la cual ella es emblema.

Jesús nos lo había dicho siempre, pero nosotros no lo hablamos comprendido aún bastante.

Esta era la hora. La hora de comprender la verdad más obvia que Cristo ha traído sobre la tierra: que su reino no es de este mundo, que debemos subir a gozar con él el reino eterno mediante los sufrimientos soportados bien aquí en la tierra, que de aquí nada tiene valor excepto lo que se hace para la otra vida, que también una cosa espléndida como una obra de Dios no es Dios y por lo tanto debemos desapegarnos y abandonarla a El, si esta es su voluntad.

### *Hacia la plenitud de la alegría*

Entonces ¡valor! No dividamos el Evangelio.

Que lo crudo (crudo para nuestra naturaleza) del Evangelio no nos frene, sino que nos lance con la confianza de que Dios no dejará que nos falte la gracia ni siquiera en los momentos más trágicos.

Cierto, esta casi "revelación" del dolor previsto en el Evangelio así, traerá en nuestro corazón mas seriedad, menos entusiasmo también por las cosas bellas ideales de esta tierra, pero no impedirá que se realice la promesa de Jesús: "que tengan en sí mismos la plenitud de mi alegría" (Jn. 17, 13). Quizá esta plenitud nosotros aún no la hemos experimentado.

El Evangelio es un abismo.

Que Dios nos de aún días para sondearlo ya desde esta vida, si es su voluntad.

Nosotros volvamos a prometerle que queremos su voluntad, no la nuestra.

Gritemos aún entre las lágrimas, turbados, con miedo, que todavía y siempre y en cada circunstancia creemos en el Amor, en aquel Amor que abraza como un solo arco la vida terrena y la eterna.

María, nuestra madre, ayude nuestra debilidad.

*Chiara Lubich*